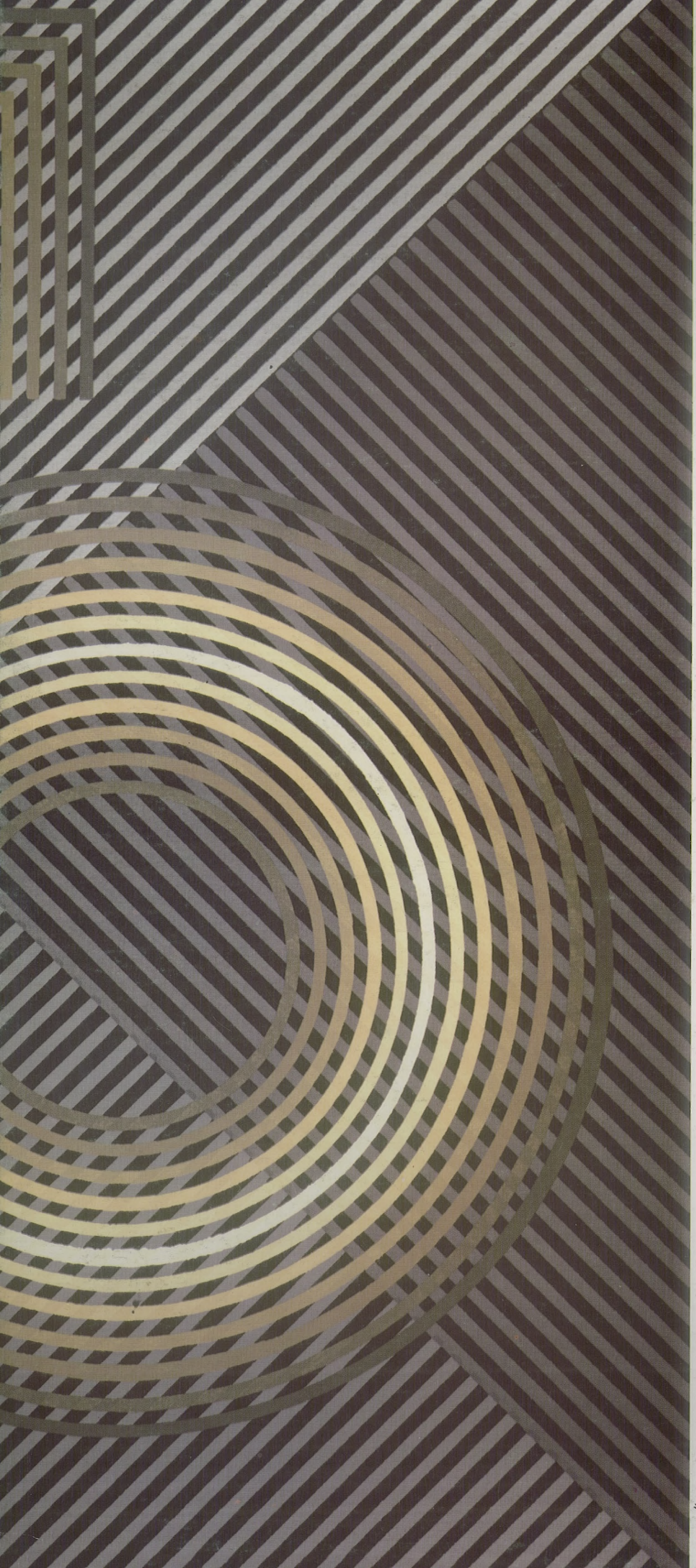


FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA núm. 15

Suplemento de la Revista
«Instituto de Estudios Alicantinos»

Excma. Diputación Provincial
de Alicante

SEPTIEMBRE, 1983

DIRECTOR: ADRIAN ESPI VALDES
SUB-DIRECTOR: Manuel Martínez Blasco
CONSEJO ASESOR: Juan de Dios Aguilar Gómez
Enrique Llobregat Conesa
Manuel Martínez Blasco
Vicente Martínez Morellá
Juan Antonio Montesinos Busutil
Luis Rivera Pérez
CONSEJO DE REDACCION: Vicente Mojica Benito
Juan Mateo Box
José Antonio Cía Martínez
Enrique Llobregat Conesa
P. Francisco Espinosa Cañizares
Gaspar Peral Baeza
Gregorio Hernández Rodríguez
Antonio Luis Galiano Pérez

Depósito legal: A.444-1974

Gráficas DIAZ, S.L. - Marte, 6 - Alicante

JOSE PAYA NICOLAU

Así como en la lluvia

Ilustraciones: EUTIQUIO

A la memoria de
Felipe Ramis,
que tanto esperó este libro

AMAGO DE TORMENTA

Para Vicente Mojica

¿A qué tanto asumir esas posturas,
pasar del blanco al gris por la tremenda,
poner sobre el tapete una contienda
de sol y de nublados, si no duras?

Eriges monumentos y figuras
de eléctrico esplendor para que aprenda
tu letra el sembrador, al que no arrienda
ya nadie las ganancias porque auguras
trigales y racimos y espesuras
quemados por el rayo, sin enmienda

En agua de cerrajas y en leyenda
se quedan tus alardes, conjeturas
por donde se han abierto mil fisuras
después de suspendida la molienda:
la cara de vergüenza se te encienda
del último rubor con que apresuras
tu huída por las cárdenas alturas,
dejándote girones como prenda
del agua, que el poniente recomienda,
del vino, enfebrecido en calenturas.

Los viejos caracoles, que maduras,
se acercan al tomillo, haciendo senda:
que todo el mundo sepa, y que lo entienda,
por qué me duelen tanto tus torturas.
Habrá que ver qué hacemos, si perduras,
a más que con el horno, con la tienda.

ENDECALLUVIAS

A don Rafael Martínez Morellá

I

Estamos condenados a trescientos
banquetes de radiante cielo claro
con brisas olorosas, al amparo
de un sol subtropical y escasos vientos.

Estamos condenados a sedientos
veranos apacibles, con un caro
balance manantial en desamparo,
pendientes de profundos yacimientos.

Estamos condenados a esa cosa
común del territorio, a la sequía
doliente, que alza dudas y que enfría
proyectos hortelanos, rosa a rosa.

Estamos esperando una lluviosa
licencia que termine en amnistía.

II

Tú eliges el momento, tú elaboras
un mapa sinuoso, que comprende
la ruta del racimo del que pende
la altura de las aves voladoras.

Tú pones condiciones, sitios, horas,
regímenes del viento –aquí o allende–,
por eso no se sabe ni se entiende
si tienes intenciones llovedoras.

Y, estando así las cosas, sin pareja,
se espera y desespera hasta la mano
que encierra, ya caliente, el poco grano,
que alcanzará dos palmos si se deja.
Tú tienes la señal y la madeja
que la isobara cursa hacia el secano.
No llueves, y lo sabe de antemano
la tierra alrededor, por honda y vieja,
lo sabe aquel pastor y, más, su oveja,
que ha de morir de sed cuando el verano.

Tú sabes cuándo y cómo, y el anciano
comparte tu secreto y no se queja.

III

He de buscar tu oculta parentela
con la quietud de agosto, entre las rocas,
aunque me cueste el sueño y no muy pocas
de mis monedas de ansia y de cautela.

Te he de encontrar a pico, aunque te duela,
para llevarte al labio de las bocas
y que se vea, amiga, cómo trocas
la sequedad en surco y en parcela.

He de gozar tu nervio de gacela,
tu laboral visita a cada rosa,
cuando del fondo subas, presurosa,
desde un nivel al otro y sin espuela.

He de forzar la puerta que encarcela
tu reclusión civil e infructuosa.

IV

Aquí la nube pasa y no se acuerda
de toda esta extensión, como si nada
tuviera que aportar a la sembrada
semilla, por mirar que no se pierda.

Afluye desde un norte y no recuerda
su pacto con el pan y con la azada,
nos viene de visita o de pasada
para ladrarle al campo, aunque no muerda.

De modo que no vale ya la pena
mirar su arboladura o su talante,
contar con el poniente o el levante,
con el color del mar o de la arena.

Se trata, al parecer, de una condena
que a veces se atenúa, y no es bastante.

V

Así que ya lo sabes: se te espera
bajar del norte gris a la semilla
latente, luminosa y amarilla
que repartió la mano en sementera.

Te espera aquí la abeja naranjera,
que en marzo se perfuma y luego orilla
los oros frente al mar, donde, a una milla
del precio, cuenta peces la quimera.

(Si llueves sobre el mar y sin sentido,
si llueves cuando cierran las escuelas,
acepta cómo crecen las esquelas
de la amistad habida –y que has perdido–
con el labriego en paro, al que has hundido,
con los muchachos, libres, que encarcelas).

VI

La vertebrada cumbre te detiene,
forzándote a la altura, acumulada,
y escancias tu furor con esa espada
de luz poligonal que el trueno tiene.

Arterias y raíces, se nos viene,
mugiendo, encima a todos la boyada
con la rabiosa gota, ya acuñada,
contra la ardiente piel, que se previene.

(Tormenta así no existe en la memoria
del tópico labriego más anciano,
que mira cómo allanan el secano
las aguas, en riada disuasoria).

Se ha de quedar encinta hasta la noria
durante tres inviernos y un verano.

VII

Los pies tengo de lluvia en aguaceros,
de insomnes caracoles caminantes,
despúes de que las nubes, trashumantes,
se alejan de naranjos y romeros.

Pensando está ya el grano en los aperos
que escriben los renglones, mucho antes
de haber plantado lanzas vigilantes
el sol frente a pisadas y linderos.

Se anuncian corazones palpitantes
de un gluten en vigilia, un nacimiento
de urgencia germinal, y de contento,
camino de la espiga y los semblantes,
que aquí la soledad de los regantes
con poco está aliviada sin el viento.

VIII

Con una gracia así para el sembrado,
se puede perdonar tu larga ausencia,
tu espalda y tu desdén, tu connivencia
con esa mala suerte del arado.

Se ensancha tu visita, y el nublado
rubrica lo más alto, la eminencia
del monte, con la abierta complacencia
del ocre labrador, que ha despertado.

Con una lluvia así, este mediodía
–sin sol y sin distancias–, recogido,
parece que se encuentra lo perdido,
renace el parentesco, en rebeldía.

Se le perdona el fuego a la sequía
que sofocó a los pozos su latido.

TENGO MIS DUDAS

Para Alfredo Escrivá

Aún no sé si almendras o aceitunas,
si espinas o manzanas lo que tocas,
si existe una rendija entre tus rocas
por donde entrar raíces oportunas.

Quisiera echar mis cuentas, porque algunas
semillas se han negado y unas pocas,
mordidas por el sol, abren las bocas
igual que un pez sin río entre las dunas.

Por eso en ti buscando voy respuesta,
pregunto –numeral– y asumo el resto
de lo que no se sabe, y no protesto
si auguras que está el agua en una cesta.

¿Tendré que aventurar, como en la apuesta,
la perdición de todo lo que he puesto?
Si almendras o no almendras, me he propuesto
soñarlo en el insomnio de la siesta.

EL VIENTO, ANOCHE

A Enrique A. Llobregat

DESPUES que estuvo el viento en las higueras
con loco movimiento de cuchillos,
han vuelto a madurar con los membrillos
la red esas arañas hilanderas.

Después de haber revuelto las palmeras
(dejaron de trinar hasta los grillos),
ya suenan las estrellas con los brillos
lejanos de otros mundos y quimeras.

Las aguas, ondulando cabelleras,
prosiguen su murmullo, y los pestillos
de puertas, de ventanas y portillos
descansan de las agrias ventoleras.

AHORA hay que mirar si están enteras
las casas, de colores amarillos,
contar –uno por uno– los ladrillos
tan pronto como el sol paste en las eras,
barridas esta noche las primeras,
cambiados de lugar hasta los trillos.

OLIVO

Para Jacinto Lloret Orozco

Mil años de aceituna y de molino
–de sangre– están presentes en tu dura
corteza, confundida –por tu anchura–
con todo el roquedal que da al camino.

Indago alrededor y no adivino,
siquiera, a dónde llega la segura
raíz que te sostiene la postura
durante tanto agosto levantino.

La mano que sembró tu nacimiento
quizás se ha reducido ya a esta tierra
que abriga el radical con que se aferra
tu edad a tan antiguo enterramiento.

No existe, no ha nacido aún el viento
ni el hacha ni los dientes de la sierra
que puedan profanarte cuanto encierra
tu tronco, singular y violento.
Notario de tu humilde testamento,
levanto, y doy yo fe como testigo,
mejor que un acta, un verso, en el que digo
quién es el heredero más contento:
tu aceite es para el pan, que está en aumento,
firmado y rubricado con el trigo.

Mil años más de historia te predigo,
suceso perdurable, en rendimiento.

ARROYO CAUTIVO

Te obligan ya las cifras y el cemento
y esgrimen locas torres la amenaza
de cables, polipastos y argamasa,
sellando tu prisión, en crecimiento.

Sus redes delimitan tu contento,
cegándote salida y dando caza
lo mismo a mariposas que a tu raza
de flores, desde el pez al nacimiento.

Por ti es la pesadumbre que ahora siento,
la pena, que limita con el llanto
de verte detenido, y el espanto
de la mitad del cauce, sin tu aliento.

Mas hay otra vertiente, el argumento
de levantar trigales con tu canto.

ACEITE

Para Antonio Sivera

Desde el callado aceite del olivo,
con vecindad de pan y de alacena,
revivirá muy pronto aquella escena
de la almazara abierta y con motivo.

Todo el certamen de ajos, decisivo
para el arroz que aroma la faena,
convocará, con vino, a una docena
de labradores de aire sustantivo.

Y rodarán las piedras, noche y día,
como la bota llena va a las manos,
con la canción de siempre en los secanos,
del campanario antiguo a la masía.
Donde el aceite nuevo se vacía
encenderán lucernas los romanos...

DESARROLLO VERTICAL

A Vicente Antón Jiménez

AVANZAS –caracol– hacia el estambre
dudoso del viñedo, que arracima
septiembre en algodón y que aproxima
su vino, ya en fermento, a la corambre.

LEVANTAS –caracol– tu lento enjambre
de rayos, o culebras, en la cima
rocosa, en asamblea que se estima
de sobra turbulenta en su raigambre.

PROCLAMAS –caracol– tu cornamenta,
voluble en su estridencia de blancura,
doblando en sombra airada tu pastura
por todo lo sumiso a tu tormenta.

EXPANDES –caracol– y se acrecienta
tu tan oscuro plomo, la aventura:
no quemes la penúltima dulzura
que aroma los sarmientos con que cuenta
la piedra del secano, escasa renta
que aterra tu agresión, tu mano dura.

ALEJATE del sol con la blandura
versátil con que llegas y presenta
tu lado de aire fresco con que aventa
su trigo el sembrador a breve altura.
Olvida –caracol– tu partitura
de bajos tenebrosos, tu placenta:
termina allá en los riscos, huele a menta,
descarga allí tu ozono y tu andadura.

DESDEN

Para Rafael Azuar

A tu desdén de nube pasajera,
de gesto fronterizo y bofetada,
yo opongo los arados y la azada,
la espalda y el dolor, la carne entera.

Ha de venir, sin ti, la primavera
para asumir colores, como un hada
que pulsa en cada yema, y la mirada
recluirá en su foco una quimera.

A tu silencio, huído a la montaña,
he de ponerle insultos y oraciones
que, sin pensar, invoquen esos dones
de tu nostalgia en lluvia, y quien araña
la tierra cuente, al fin, con que la baña
la mano de frescor que a veces pones.

Ardiendo están tu ausencia los renglones
que escriben los pastores de la braña.
De un campanario al otro, la espadaña
quizás a fuego suene, si dispones
que aún resistirán tantas regiones
sin agua ya en sus pozos ni en la entraña
de tanto manantial, oh, nube huraña.
Quisiera que hombre fueras y razones
me dieras a millones y millones.

Se ahoga en cruda sed y en telaraña
mi voz de preguntar quién nos engaña
con nubes de algodón y anticiclones:
Que vengan y contrasten opiniones
los sabios del lugar de toda España.

YA ME CALLO

Ya sé que tanta lluvia en la quimera,
la nube en entredicho y el ensueño
de ver la tierra arada es un empeño
que puebla mi poesía en vana espera.

No sé salir aún de esta frontera
que alega mi vigilia contra el sueño
y esconde un ansia en pie de verme dueño
de un pozo de agua amiga y duradera.

Estoy contando a cientos las hormigas,
que cambian de lugar y de granero,
y aguardo, así anunciado, el aguacero
que incline, verticales, las espigas.

Ya paso de nublados y fatigas.
Será lo que Dios quiera, así lo espero.

PRIMAVERA PRESENTIDA (1)

Para Emibel Richart

Por la estrella de cada madrugada
yo he esperado tu trigo luminoso,
tu sigilo de peces, tu principio,
tu sistema de rosas en retorno.

Por las cimas del monte y por los labios
de una aurora total, donde los ojos
tienen luna creciente, he preguntado
margaritas del ansia poco a poco.

Por el aire del pino y de la adelfa
–del que nace la brisa como un gozo–,
te he esperado venir de no sé dónde,
como espera un balido entre los lobos.

Por el agua, que rinde su cintura,
musical, entre piedras y recodos,
te he esperado bajar de las montañas
como espera la sed hallar un pozo.
Por la huída de todos los senderos
que no van a la guerra ni hacia el odio,
te he esperado, seguro del encuentro,
tembloroso de luna, como un chopo.
Y he escuchado a la tierra sus raíces
–como manos que cuentan un tesoro–,
cual si un río cruzara por la umbría
preguntando riberas desde el fondo.
Y he sabido que todo te esperaba:
la amapola, la novia y el arroyo,
que venías y estabas en las cuatro
direcciones del mar y el territorio.

Y he salido al camino que se aleja,
que renuncia a la calle y sigue solo,
que no sé dónde acaba, ni me importa,
su costumbre de pasos silenciosos
(Mas qué simple su ruta de frutales,
qué sencillo entre pájaros sonoros:
la primera edición de golondrinas
sube y baja, sin norma, por los ojos).

* * *

Y tú llegas y ganas, primavera,
donde pones el sol maravilloso,
madurando palmeras lentamente,
mientras abres racimos y manojos.

Y alguien dice, aspirándote el aroma,
que mañana estarás entre nosotros.
Pero yo, que te siento cómo asciendes,
te percibo en la sangre, en lo más hondo.

Por la estrella de cada madrugada,
yo he esperado tu trigo luminoso.
Bienvenida hasta el hombre, primavera,
tú que alivias el peso de los hombros,
tú que incendias de flores esta tierra,
paraíso de luz maravilloso.

---

(1) Poema que obtuvo el primer premio de los «Amigos de la Poesía», de Valencia, en 1969.

Almendro en esta primavera

A Ramón Llorens, de Altea.

Almendro al rojo blanco, hay un sonido
que viene de tu emjambre en mariposas,
que acalla hasta el olor que dan las rosas
en pleamar de aroma hacia el sentido.

Después de tu letargo ennegrecido,
que tanta soledad deja en las cosas,
resulta que despiertas en hermosas
sonrisas que la abeja ha presentido.

Milagro frente al mar, y en el ejido
lejano, más allá del risco agreste
se extiende tu familia hasta el celeste
final de las montañas, y hace nido.

Diciembre, en esta tierra, te ha encendido
para que almendres pronto y no te cueste.

GRITO INESPERADO

A Esperanza López Villellas

Nevada está la sierra y encendida
la flor de tanto almendro, sorprendido
después del veintiuno, en que ha venido
la lluvia más glacial, menos pedida.

Se extiende la espantosa acometida
del viento contra el valle detenido,
que cede su azahar frente al bramido
de tanta mordedura y tanta herida.

Llegó la primavera a la hora en punto
–caliente y olorosa–, y, de repente,
surgió, como de un libro permanente,
la página letal, como un difunto.

No quiere saber nada del asunto
quien dijo que era un año diferente...

HOMENAJES

MIGUEL HERNANDEZ

Para Manuel Molina

Me asomo al cataclismo de tu viento
y apago el libro –abierto y no leído–
por donde van las venas al rugido
del verso torrencial y violento.

(La higuera parturienta y el sarmiento
presagian un rencor, hecho tejido,
que va del delator al detenido,
reticular, de leche y de fermento).

Palabras sin almendra, biennacidas,
heridas por el uso, tú alimentas
y agrupas, como espadas, en imprentas
que entierran las gramáticas vencidas.

(El miedo, poblador de despedidas,
le agita adiós a un tren y a sus quinientas
vacías dentaduras con que cuentas
el hambre, entre cebollas repetidas).

Tú llegas –¿desde dónde?– en el momento
preciso en que pedía la tragedia
tu voz, sin extracción de enciclopedia,
reagrupando en otro el firmamento:
arracimado y tuyo, el nuevo acento
se estableció en el tigre y nos asedia.

Ordenarías signos asumidos,
contraponiendo cántaros a esquinas,
sin relación igual, y por espinas,
para agresión radial a los sentidos

De un peritaje a otro, los heridos
se fueron con el agrio a las colinas,
que, en adelante, el pez de las anginas
disculparía vates no nacidos.
Tras lo que tú dejaste, hay, dimitidos,
subsecretarios de arte y oficinas,
y un anaquel de premios y tesinas
con los tresmil trabajos recibidos.

(Que al delator y al otro, apercibidos,
no se les nieguen pan ni medicinas,
se les repita el vino en las cantinas
por su servicio cruel de confundidos).

Ya la memoria emigra a los olvidos
para poblar ensayos y vitrinas:
No se duplique nunca en las retinas
lo del pastor de pastos prohibidos.

HOMENAJE AL HORTELANO

«La eternidad es tu primer domingo».
F. L. Bernárdez

La huerta que ha sembrado tu postura,
labriego, sobre el surco, día a día,
contesta a tu sudor con la alegría
del fruto terminado en que perdura.
Tu estirpe de huertano es la madura
cosecha de un esfuerzo que crecía
del niño que ya fuiste hasta la hombría
de no negar la tierra, a veces dura.

Te miro yo las manos de sarmiento
–tan dignas– y contemplo las azadas,
contando, una a una y bien sumadas,
tus horas bajo el sol y contra el viento.
Tu herencia terminal, tu testamento,
de firmas ilegibles y hanegadas,
se extiende por tus huellas y pisadas,
que van desde tu surco al firmamento.
La huerta es tu misión, el argumento
de tu epopeya, ausente en las baladas,
mas tú, con el arado y sin espadas,
aprietas, con el gesto violento,
los puños contra en nublo turbulento
y el fuego del estío y las heladas.

Se cuenta por espigas, inclinadas,
de tanto grano de oro, tu contento,
que aumenta, poseído de un fermento
y acaba en pan caliente a rebanadas.
Tú sabes cuántas frías madrugadas
el precio con que pagas el sustento
que arrancas a este campo en un intento
de no aceptar cosechas malogradas.
Tu vida, caminante sin posadas,
vigila, uno a uno, el crecimiento
de cada tallo en pie hacia el alimento,
oh, inmenso labrador, con tus miradas.
Un día vendrá el sueño a tus cansadas
pupilas de hortelano y, al momento,
la huerta, arracimada en un lamento,
deshojará amapolas desmayadas:
eterno labrador, otras azadas
te cavarán el último aposento.

A JULIAN ANDUGAR

Para José Francisco Riquelme

Por convivir escribo.
Bien sabe Dios que quiero
dialogar con quien vivo.
J. Andúgar

1

Así como la rosa que en la mano
llevaste se quedó, de golpe, fría,
tu corazón los pétalos del día
sembró por entre páginas, hermano.

Tu verso, libre al fin de ese lejano
bramido de cadena en la sombría
frialdad de tanta cárcel, se subía
del pecho a la campana, aún temprano.

Vinieron de la huerta y de la esquina,
lloraron los extremos, todos juntos,
con su callado estruendo, y los difuntos
se incorporaron, solos, a la mina.
La rosa de otros tantos se hizo espina,
sangrándoles poemas y conjuntos.

2

Profundamente cerca –más que dentro–
del seco labrador y su amargura,
se estuvo tu interior y tu figura,
pendiente de un cantar para el encuentro.

De ti salía el verso, proa al centro
del corazón, sin lastre ni atadura,
clavando su metal, su levadura,
lo mismo donde el mar que tierra adentro

Se repartió el trigal las amapolas
–¡durante tanto tiempo!– de tu frente,
y el mar, el oleaje de tu ausente
temblor, la pleamar de estarte a solas.
Pero tu voz llenaba caracolas
donde escuchaba el pueblo el verso ardiente.

3

No se ha movido nadie hacia el olvido
de lo que,ya escribiste cuando andaba
sin aire la palabra y el que araba
rendía la cabeza, sometido.

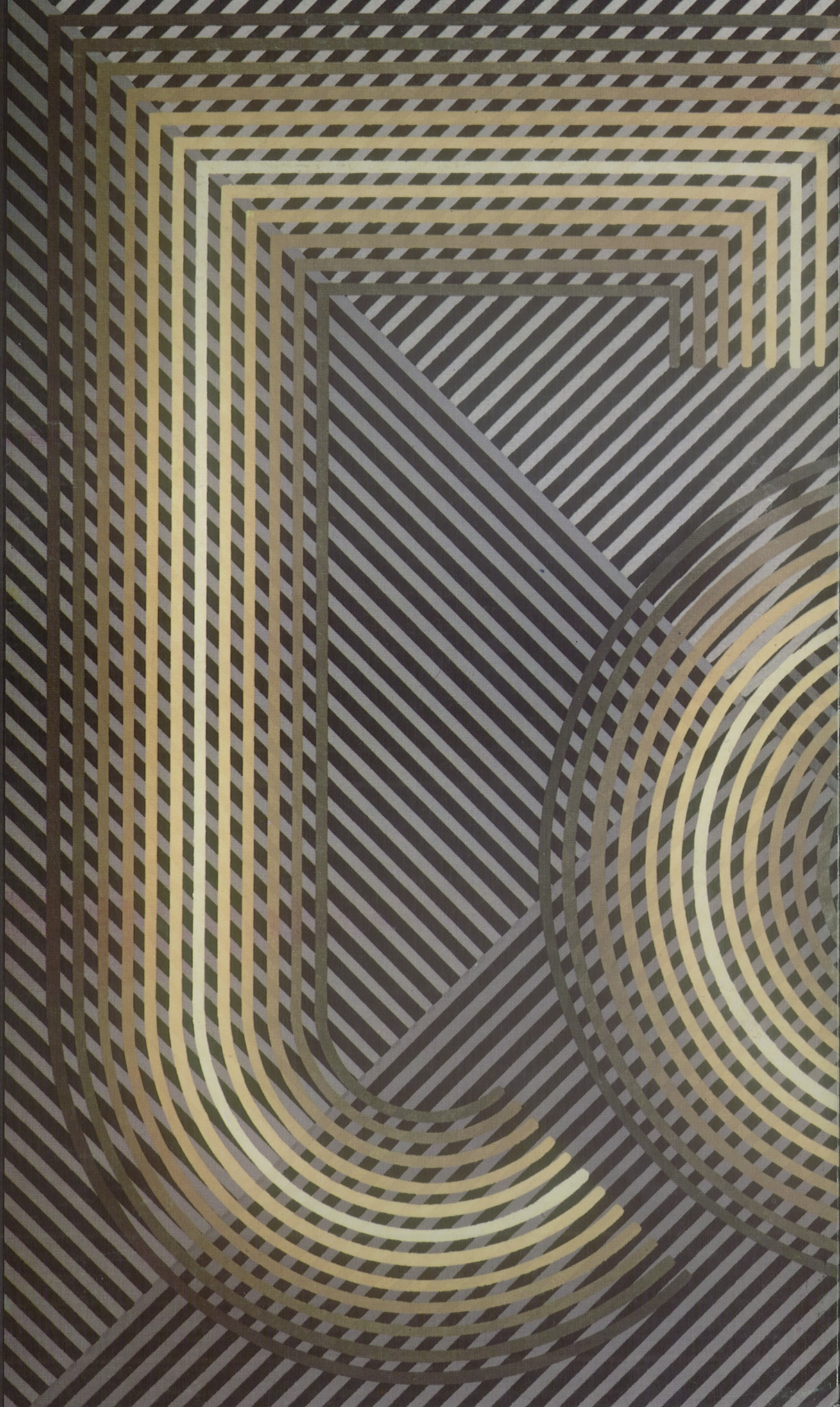
Estuvo, entre los surcos, prometido
tu gesto de amistad, como en la cava
madura el vino bravo, que se clava
después por nuestras venas, asumido.

Pero sabían todos que la espiga
crecía hacia la luz, contra la dura
pisada del que aprieta la frescura
del manantial, que busca quien lo diga.
Tu mano estuvo abierta y fue la amiga
de todo el que sufrió una ligadura.

4

Por eso, ahora canto, ahora avento
la paja, voy directo hacia la pena
que el día aquel me abriste en cada vena,
cuando lo de tu muerte y nacimiento.

Y canto con el mar y el fundamento
del que estrechó tu mano, nunca ajena,
tu mano, hecha a la rosa, a la cadena
de haber sufrido ajenos sufrimientos.

No alcanza a más altura la tragedia
que la de haber cantado, contra el viento,
sin odio ni rencor, tu sentimiento
desde la media España a la otra media.

Tu ausencia prematura nos asedia,
tan llena la memoria de tu aliento.